

Futuro Atómico:

NUBARRONES DE EXTERMINIO SOBRE

La "Ciudad Alegre y Confiada".

Acabamos de leer la obra de E. Oppenheimer, interesante por demás, —diríamos espeluznantes, en algunos aspectos, quizás— que lleva por título "Prisioneros del Mundo Atómico". Su lectura, sumada a otras similares a través de publicaciones varias, las que conservamos nota en nuestro archivo particular, nos ha acuciado la inquietud de llamar la atención de los despreocupados habitantes de la "Ciudad alegre y confiada" (Benavente) de nuestra sociedad por medio de las páginas de SIC, sobre el panorama, cargado de siniestras amenazas para el futuro de la humanidad, que nos describen estos hombres de ciencia, autores de tales publicaciones y quienes los comentan.

Frente a lo sombrío de sus luces, tratamos de señalar en el horizonte perspectivas arreboladas de optimismo, siempre y cuando esa misma "ciudad turbulenta, ciudad alegre" (Hugo West), quiera cambiar la atmósfera intoxicada de materialismo que respira, por las fórmulas espirituales que sugiere la Cátedra de la Verdad, la sabia y autorizada palabra del Pontífice de Roma.

La atómica cruz-aspada, regalo para el Führer-extermiador.

Corrían los últimos días del mes de noviembre de 1944. Con ellos iba aumentando la febril actividad de un grupo de científicos alemanes, que en Hamburgo, y con ocasión del 22º aniversario (30 de enero de 1945) del ascenso del poder del Nacional-Socialismo, se disponían a ofrendar a su paranoico Genio de la Guerra un regalo cruciforme, nueva Caja de Pandora, contentiva de "las fuerzas que posible-

mente en un próximo futuro podrían destruir toda la humanidad". (1)

Y ¡oh paradoja! Si de la Cruz había venido la salvación al mundo prevariador, el rechazo sistemático de éste para con aquélla, a la que viene considerando piedra de tropiezo que es necesario echar a un lado, le iba a ser cobrado con otra crucifixión, no redentora pero sí de perdición.

En los cuatro brazos tubulares de circonio de una cruz aspada en X, se habían fijado otras tantas masas subcríticas de uranio 235 que, al ser arrojadas unas contra otras al núcleo o punto de intersección de las ramas de la espantable cruz uránica, —versión científica de la cruz de San Andrés—, producirían la explosión por fisión, meta de lo que en pequeña escala habían logrado años antes en el laboratorio los científicos Fermi (italiano) y Habn (alemán).

Dantescas cornejas mortuorias vuelan sobre el Japón.

Abril de 1945. El diabólico artefacto, en número de cinco unidades, aguardaba en los subterráneos de Insbruck. Y si no habían caído sobre objetivos para los cuales se les destinó desde un principio por la vesánica estrategia hitleriana, fue porque Dios torció el rumbo de quien creyó en su locura poder dominar al mundo.

Pero equivocados andaban quienes creyeron que al derrumbarse el coloso alemán quedaría sepultada con él su arma secreta. Para ello habría sido necesario que desaparecieran también los odios y rencores que atizaran la segunda conflagración.

Sobre ellos empinóse la soberbia insatisfecha, para arrojar desde el cielo por la aviación norte-americana, y al amanecer de los días 6 y 8 de agosto de 1945, dos de las espantables cruces, de fabricación alemana, pertenecientes a las reservas de Insbruck, en las que morirían crucificadas, como víctimas expiatorias de sus propios y ajenos pecados, las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki.

(1) OPPENHEIMER ERWIN "Prisioneros del Mundo Atómico", Barcelona (España) 1956 (Traducción) p: 24.— Las citas que aparezcan entre comillas en este artículo, referentes a datos u observaciones sobre energía nuclear, sin referencia especificada de autor y obra, se entiende pertenecen a esta publicación que aquí se menciona.

Ante los ojos atónitos de la humanidad abríase, iluminada por la encandecida luz de fisión, una puerta que bien podría conducir a una edad de oro, si, como camino por trillar, se elegía el de la caridad y amor de hermanos, o una visión de apocalipsis, si el hombre persistía en ser "lobo para el hombre", su prójimo.

Las ulteriores explosiones experimentales logradas con bombas atómicas en Almagordo (22 de agosto de 1945, Bikini (junio y julio de 1946) y Eniwetok (mayo de 1948) en territorio norteamericano, y en las estepas siberianas de la Rusia Soviética (junio de 1949), constituían de por sí un fuerte índice de que se había elegido el segundo camino.

Y por si quedaba alguna duda, la víspera (1° de noviembre) del Día de todos los Muertos del año de 1952, se encendió sobre el Pacífico la funeraria bola de fuego de la primera bomba "H", seguida de la réplica rusa con un potencial de 1.000 Kilotones (1.000.000 de toneladas de TNT). A ella siguió una nueva contraréplica americana efectuada el 1° de marzo de 1954 en Eniwetok. Esta última con la malhadada fortuna, ya de todos conocida, para los 27 tripulantes japoneses del barco pesquero "El Dragón Afortunado", situado a 260 Km. del punto de la explosión.

Los sorprendidos marinos vieron primero, espantados, aproximadamente media hora antes de amanecer que "una inmensa bola de fuego grande como el sol, había surgido de la noche... y del firmamento descendía un río de acero en fusión. Millares de estrellas, dejando tras de sí colas amarillas, violetas, -azules, verdes, caían literalmente hacia el océano", para recibir más tarde sobre sus cuerpos estremecidos de pavor, no la benéfica lluvia del agua que estaban acostumbrados a soportar, sino una de blancas cenizas radioactivas que, poco tiempo después (1° de mayo), debía provocar en ellos un estado tal que los obligaría a yacer "alargados sobre el puente y no dejando de vomitar. Su cabeza hinchada casi el doble. De su cuello hinchado, manaba un pus viscoso a través de miles de minúsculas heridas. Las manos llenas de ampollas. Sus piernas no los sostenían. Incluso la mayor parte de ellos. Ise habían quedado ciegos" (p. 137, 139).

Ante esta descripción aterradora hecha por uno de los que saben "sin temor a ser desmentido, que los fenómenos provocados por la fisión nuclear se pro-

ducen en una escala que escapa al control de los que los han provocado" (p. 1542), no se puede menos de creer que se está leyendo en el Apocalipsis aquel párrafo que reza textualmente: "Y las estrellas cayeron del cielo sobre la tierra a la manera que una higuera sacudida de un recio viento deja caer sus brevas (V. 13). O en aquella otra página de Zacarías, como parte de su amenaza profética: "Consumiránsele sus carnes estando en pie, y se les pudrirán sus ojos en sus concavidades y se les desharán en sus bocas sus lenguas" XIV, 12).

Una pregunta que tiene una respuesta retroactiva:

¿Sería solamente una cuestión accidental y sin importancia aquella lluvia de cenizas caída sobre los pescadores del paradójicamente infortunado "Dragón Afortunado"? ¿No habría venido quedando "algo" en la atmósfera que, diseminado luego por las corrientes de aire sobre el haz de la tierra, contaminase todo cuanto encontrara a su paso o aun produjese efectos más terribles que los que vislumbró el Autor del Apocalipsis; —quién sabe si refiriéndose a parecidos fenómenos—, por ejemplo, a la altura del capítulo VIII, desde el versículo 7 al 11?

La respuesta retroactiva.

El vuelo de reconocimiento que un gigantesco avión norteamericano realizara en agosto de 1949 (a dos meses de la primera explosión rusa), probaba que la suposición no era una simple teoría, ni mucho menos un infantil temor: el pájaro metálico habría atravesado una nube radiactiva procedente de la explosión de una bomba rusa de plutonio con una potencia de 120 kilotones.

Para los más incrédulos se hacía evidente que la ciencia lanzábase al galope sobre los caballos apocalípticos, en tanto que la conciencia de la mayoría de los humanos prefería la marcha lenta que le proporcionaba el cabalgar sobre el jamego de la conformidad burocrática, cuando no en el del regodeo experimentado por la satisfacción de instintos primarios.

¿Efectos de un solo orden?

Cualquiera podría creer que los ulteriores efectos fatales que se siguen a una explosión atómica se reducen a una pasajera lluvia de cenizas que acaso quemaría a quienes, como los tripulantes del pesquero nipón, estuvieran relativamente cerca del punto crítico.

Pero es "porque se olvida con demasiada frecuencia que la radioactividad dispersa por una sola explosión termónuclear representa alrededor de la que darían 900.000 toneladas de radio". O sea, "una radioactividad 45 millones de veces superior a la natural" debida a los dos únicos kilogramos de radio que existen sobre el globo terrestre. De lo que se deduce que "las consecuencias de una explosión atómica podrían tener repercusiones imprevistas muy graves y muy perjudiciales para "todo" lo que constituye la naturaleza". (p. 156).

Ahora bien, insiste E. Oppenheimer sembrando el convencimiento de que efectivamente somos "prisioneros del mundo atómico", "cometeríamos un grave error limitando los peligros de una explosión nuclear sólo a la radioactividad. Esta explosión provoca también serios trastornos químicos en la naturaleza. Bajo la influencia de la temperatura elevada, el nitrógeno y el oxígeno dan origen a una gran cantidad de ácido nítrico (basta una sola bomba "H" para constituir varios millones de toneladas)" (p. 160).

"Soluble en el agua, el ácido nítrico cae con la lluvia y puede quemar la vegetación de todo un país". (p. 160). Aun cuando en la naturaleza la electricidad atmosférica produce al año unos cuantos millones de toneladas de aquel ácido "necesario para el equilibrio químico de los vegetales, ¿en qué momento, aumentándola artificialmente, se corre el riesgo de destruir la vegetación de la tierra? Se ignora y no se sabrá más que por la vía de las experiencias". (p. 160).

Experiencias que para el 15-7-57 ya tenían en su haber la explosión de 95 Bombas "A" y 10 Bombas "H". Ante las angustiosas protestas de muchos otros, los científicos Drs. E. O. Lawrence y E. Teller claman por su continuación, para poder lograr una bomba "limpia de radioactividad", pues, según su decir, paralizar tales experiencias sería cometer "un crimen de lesa humanidad" (2).

IVAS no queda aquí todo lo dicho. "Hay otras consecuencias químicas de las experiencias nucleares: la producción de carbono 14 en gran cantidad... que si es necesario en pequeña cantidad para la vida vegetal y animal, mata cuando se halla en dosis masivas. Y

(2) "The Atom: Cleaning the monster", en "News Week", New York, 1957 (Julio).

como cada explosión aumenta considerablemente su proporción en la atmósfera ¿cuándo el aire sobrecargado de carbono 14 se hará irrespirable," (p. 161).

¿Qué decir de los trastornos meteorológicos de cuya relación están llenas desde hace varios años para acá las columnas de la prensa diaria? (3). Si hasta el sub-consciente de los Zares Rojos se traicionó a sí mismo al acusar a Estados Unidos de Norteamérica de poseer una bomba tan poderosa que con ella podrían provocarse cambios meteorológicos de tal magnitud que el deshielo repentino del Polo Norte no es ya una simple teoría.

En apoyo de la sospecha de que la acusación rusa era una auto-confesión ocurre Oppenheimer cuando dice: "la cirugía del clima" es la primera aplicación práctica de la energía atómica y en la que trabajan actualmente los rusos". Para más detalles especifica el nombre del ingeniero autor del proyecto, y algunos pormenores más muy precisos del mismo. (págs. 240 ss.).

Son imprevisibles las mutaciones que producirán en la simiente humana dos de los productos de las explosiones termónucleares, tales como el Estroncio 90 y el Celsio 138, cuyas vidas medias son de 28 y 37 años, respectivamente. La estadística infantil atómica sobre 30.150 niños nacidos en Nagasaki en los últimos 9 años es de por sí reveladora en grado sumo (4).

(3) Acumularíamos una enumeración desmedida de artículos sobre el tema aparecidos en revistas, en la prensa diaria, o de cables noticiosos, si quisiéramos aludir aquí a todos ellos. Sin pretender agotar la materia, en nuestro archivo de curiosidades registramos 39 referencias de esta índole desde febrero del 56.

(4) "Estadística atómica", en "El Nacional", (Suplemento), Caracas, 1957 (16—Junio). Sobre el mismo tema abundaba la revista "Life", (español), New York, 1957 (15—Julio), en el artículo "Se estudia a fondo el peligro nuclear".— Las agencias noticiosas han insistido en transmitir la alarma sobre el particular manifestada principalmente por entidades científicas y sanitarias. Espigamos algunos titulares: "El Libro amarillo Venezolano.— Los medios de destrucción siembran temor y recelo". ("El Nacional"), Caracas, 1956, —9 de mayo—.— "El Papa previene contra la carrera de armas nucleares". ("El Universal", Caracas, 1956 —2 de abril—.— "Dos mil científicos piden se ponga fin a pruebas nucleares. Afectaron las radiaciones a varias generacio-

Nacidos defectuosos	4282
Nacidos muertos	471
Nacidos abortados	181
Nacidos con defectos óseos, nerviosos, de la piel y músculos	1046
Nacidos con los órganos audio- olfatorios deformados	420
Nacidos sin ojos ni órbitas	8
Nacidos con deformaciones lepo- rinas y linguales	254
Nacidos con malformaciones en los órganos internos	243
Nacidos con el paladar hendido	59
Nacidos con el cerebro sub-normal	47
Nacidos sin cerebro	25

Si a ésto añadimos "un millón de personas que ya hayan muerto o morirán de leucemia, cáncer de los huesos o alguna otra enfermedad causada por la radioactividad" —entre ellas la esterilidad—, según opinión del Dr. Linus Pauling, Premio Nóbel de Física (5), ya podría irse pensando en entonar fúnebres endechas sobre una humanidad muerta por exceso de ciencia.

Los extremos se tocan.

Por el pecado de soberbia, el primero en ser cometido por el primer hombre, entró en el mundo la enfermedad y la muerte. Por el mismo pecado, elevado hoy hasta la enésima potencia, se abatirá sobre la humanidad, si ésta no vuelve sobre sus pasos, acogiéndose a la clemencia del Padre común, la mayor tragedia que haya podido ocurrir antes y después del Diluvio Universal.

Fúnebre presagio de ello insinuaríamos parece constituirlo el hecho de que la primera explosión termonuclear ocurriera la víspera del Día de los Muertos de 1952, y que un día después (3 de noviembre) de igual fecha conmemorativa del año 1954, se lograra experimentalmente el "bombardeo mesónico" del núcleo del átomo del cobre, con lo que "se había hecho técnicamente

nes", ("El Universal", Caracas, 1957, —4 de Junio—).— "Mal irreparable causaron las lluvias radioactivas: 800.000 niños van a nacer con taras mentales o físicas". ("La Esfera", Caracas, 1957, —5 de Junio—).— "La Federación Médica contra las pruebas termonucleares", ("El Nacional") Caracas, 1957, —19 de Junio—. "El Estroncio 90 es un peligro para todos. Buró del Consejo Mundial de la Paz", ("La Religión", Caracas, 1957 —24 de Junio).

(5) Pauling Linus en "Se estudia a fondo el peligro nuclear", Cfr. "Life" (español), New York, 1957 (15-Julio).

posible la explosión de todos los elementos" (p. 234). Por consiguiente posible asimismo el incendio del Globo terráqueo que se convertiría así en una super-bomba.

Hemos asentado que el orgullo ha sido, en aquel lejano entonces del Paraíso, y en este momento actual del "homo atomicus", el responsable de la desgracia humana, y no porque hubiera faltado quien advirtiera al ser hecho a imagen y semejanza de Dios, lo que ocurriría en pago de su pecado.

Pero, "¿quién se encargaría de advertir a los seres humanos?" ¿Acaso "los políticos, prisioneros de un sistema de pensamiento... cuyas bases han sido destruidas... y están dispuestos, incluso a sacrificar a sus pueblos...?" (p. 236).

Relación de semejanza.

Para ventura del hombre, no obstante la desgracia que se acarreo, no había políticos miopes en el Paraíso o al servicio de causas bastardas, pues de haber existido ellos, como es el caso hoy día, tampoco le habrían advertido que su malsana curiosidad lo conduciría a perder, aquel entonces todos los bienes —incluso la inmortalidad— graciosamente recibidos del Creador, y ahora todas las conquistas, que a lo largo de los siglos, ha logrado con grandes fatigas y con el rostro humedecido por el sudor del esfuerzo desplegado.

¿Quién lo advirtió entonces? Sólo quien está por encima de todo y de todos. Dios. Personalmente en el Edén y ahora por boca de su Representante en la tierra, el Sumo Pontífice de Roma.

En aquel entonces:

"Podéis comer de los frutos de todos los árboles del Paraíso; mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás (Gen. II, 17-18).

"Ciertamente que no moriréis —surró la soberbia demoniaca en los oídos de la curiosa compañera del hombre—, pues "sabe, empero Dios, que en cualquier tiempo que comieréis de él se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses. (Gen. III, 4-5).

Triunfó, en efecto el orgullo sobre la primera pareja humana, pero también Dios entró en consejo consigo mis-

mo y se dijo: "Ved ahí a Adán que se ha hecho como uno de nosotros, conoedor del bien y del mal. Ahora, pues, echémosle de aquí no sea que alargue su mano y tome también del fruto del árbol de la vida, y coma de él y viva para siempre" (Gen. III, 22).

En este momento:

Surgen, como en aquella mañana tenebrosa de la Pre-Historia, el orgullo y la soberbia humanas susurrando al oído del hombre que nada ni nadie hay más grande que él, pues está a punto de "dejar de ser un animal para convertirse en un dios... a punto de comprenderlo todo, incluso la fuerza misma que lo puso en el mundo, sin más problemas que resolver" porque habría "alcanzado su plenitud, su paraíso". (p. 149) (6).

También ahora, como en aquel lejano entonces, la voz premonitrice de Dios se ha hecho oír. Esta vez por boca de su Representante en la tierra S. S. Pío XII. En alocución dirigida a la Academia Pontificia de Ciencias en febrero de 1943 —dos años antes de Hiroshima y Nagasaki— anunciaba que "la construcción de un artefacto de uranio, no podía ya considerarse como una simple utopía". Aconsejaba, según eso, que "sería sobre todo muy importante que no se dejara realizar tal proceso en forma de explosión". "Antes bien, se procurara frenar su desarrollo, pues de otra manera, podría seguirse, no ya sólo en el lugar de la explosión, sino para todo nuestro planeta, una peligrosa catástrofe".

Esta quedaba más concretada en su nueva advertencia lanzada en 18 de abril de 1954. Consistiría "en el exterminio total de la vida animal y vegetal y de todas las obras humanas en regiones cada día más vastas" y en el

(6) ¡Pobre Oppenheimer! Gran científico, pésimo filósofo, que estampa con toda seriedad —no es ironía— esa afirmación suya. Pero el científico, al utilizar el término "creación", está invadiendo el campo de la Filosofía, que cae fuera de su especialidad. Fenómeno de "presbicia mental"! Acostumbrado al cálculo de kilotones, su mente ha perdido la flexibilidad de adaptación para considerar otros valores trascendentales que no están incluidos en la fórmula $E=Mc^2$. Y afortunadamente para nosotros, la Omnipotencia no está dentro de esa fórmula de Einstein, ni puede ser calculada en kilotones, ni emparentada con el Cobalto.

"inficionarse en forma duradera la atmósfera, el suelo, los océanos mismos".

Por lo que, con razón, "ante los ojos del mundo aterrorizado, existe la previsión de destrucciones gigantescas, de extensos territorios inhabitables y no utilizables por el hombre, ya sea por los cambios inducidos en los gérmenes y microorganismos, ya por el resultado incierto que un prolongado estímulo radioactivo pueda tener sobre los organismos, comprendido el hombre y sobre su descendencia".

Anacefalaiosis.- Las únicas armas de protección:

Hemos aspirado a presentar una rápida visión de la génesis, aplicación y secuelas del mayor descubrimiento que cerebro humano haya podido realizar en épocas históricas. Igualmente, hemos tratado de establecer una relación de semejanza entre lo que ocurrió cuando sólo Dios y el proto-hombre eran testigos de lo que pasaba, y lo que, tal vez, está a punto de ocurrir hoy.

Entonces y ahora el elemento desintegrador ha sido el mismo: el desprecio que la soberbia "rampante" ha hecho de la amonestación divina. Pero, para llegar siempre al mismo fin: al castigo que "reduce a nada las combinaciones humanas y que demuestra que nada subsiste sin Dios, quien es, fué y seguirá siendo el director de los destinos de los pueblos" (7).

Hasta los científicos presienten lo que está por ocurrir —aunque, claro está, sin establecer relación entre culpa y castigo—. No se explica cómo, quienes consideran que todo se reduce a una cuestión económica, ya resuelta por el átomo, fuente, según ellos, de riqueza para todos, pronostican que "marchamos hacia la catástrofe como si la civilización del átomo tuviese necesidad, para establecerse, de destruir la civilización que le ha precedido". (p. 238).

No es extraño que ellos y quienes conozcan el alcance demoledor para la habitabilidad del mundo, obtenido por sus fórmulas, sean presa de verdadera angustia y pongan acentos de alarma en sus declaraciones públicas. Tales, las de Lindberg, alta Jerarquía de la Aviación Norteamericana: "Sabemos que en la próxima década será posible preparar

(7) MONS. FULTON SHEEN, "El Camino de la Felicidad", Barcelona (España) 1956 (traducción) p.64.

armas capaces de destruir cualquier ciudad del mundo, al cabo de pocas horas después del comienzo de la guerra. Hay indicios alarmantes de que los poseedores de conocimientos científicos modernos pueden ser capaces de destruir toda clase de vida en grandes áreas de superficie de la tierra. Algunos sabios han predicho que el hombre alcanzará poder para hacer estallar al planeta mismo". (8)

Efectivamente, tienen razón para su alarma. Las podridas bases de nuestra civilización pseudocristiana tienen que ser destruidas para que se las sustituya por la nuevas, que deberán ser fraguadas con el fuego de la verdadera caridad, fundamento inmovible del gigantesco y majestuoso edificio de la nueva humanidad. La cual, para poder existir tendrá que ser armada caballero con las dos únicas armas que le habrán dado el triunfo: oración y penitencia.

Es la misma solución que presentaba al abigarrado y, en gran parte, frívolo público de la TV norteamericana el Obispo Sheen, tan escuchado en su programa "Life is worth living", récord de sintonía durante varios años, a la par con el del célebre cómico Milton Berle. Decía el aludido Prelado:

"El descubrimiento de esta energía nos plantea el problema de cómo debe

(8) MONS. FULTON SHEEN, "La Vida merece vivirse", Buenos Aires, 1954 (traducción) p.35.

ser usada. ¿Cómo energía para mover las ruedas de la industria o para ocasionar un suicidio cósmico?...

"La cuestión que se plantea hoy al ser humano es si utilizará ese poder para la destrucción o para las finalidades pacíficas. Acontece frecuentemente en la historia del mundo que proceden grandes beneficios de una restricción, de una contención, tal como autonegarse el gustar una fruta que implica el conocimiento del bien y del mal...

"Si los males de nuestro mundo están fuera de nosotros —social y económicamente— tendremos que someternos a un hado verdaderamente cruel. Si se hallan dentro del corazón humano, entonces será posible remediarlos. Podemos hacerlo retornando otra vez a la sana tradición de los fundadores de nuestra nacionalidad, siendo como ellos un pueblo religioso, de personas que aman a sus prójimos, que aman a su país y sirven a Dios". (9)

La solución, como se observa, no es para esperarla mesiánicamente ni de la Casa Blanca de Washington, ni del Kremlin, ni de las N. U. Porque ese amor al prójimo, amor (sincero) al País, —que será una nueva forma de amor cristiano al prójimo—, ese servicio de Dios, nos compete a todos, al "pueblo", a toda la población humana, a los que mandan y a los que obedecen. La solución está "dentro del corazón humano".

(9) *Ibid.* p.36.

DR. SALVADOR JOSE CARRILLO

